



PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
25 » extraordinarios... » 5

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: trimestre. Ptas. 2,50
PROVINCIAS: » » » 3
EXTRANJERO: año... » 15

NÚMEROS ATRASADOS

Ordinario... Ptas. 0,25
Extraordinario... » 0,50

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27.-Madrid. —— A toda suscripción acompáñese el importe en libranza ó sellos.

Curiosidades de antaño.

III

QUIÉREN ustedes enterarse de lo que era en el año del Señor de 1828 una corrida regia? Cabalmente *El Correo literario y mercantil*, en su número correspondiente al lunes 15 de Agosto, describe detalladamente la fiesta taurina que se celebró en Madrid el día 14 de aquel mes y año, en obsequio de Fernando VII.

El Deseado acababa de regresar de Cataluña, donde había realizado una «gloriosa expedición.» Su vuelta al hogar doméstico dió motivo á una porción de públicos festejos, y á otra porción de adulaciones que, á la distancia de más de medio siglo, parecen excesivas, pero que entonces eran naturales, tratándose de aquella época de servilismo ramplón.

El día 3 se ejecutó un simulacro militar en Carabanchel por el benemérito cuerpo de voluntarios realistas de Madrid, simulacro al cual asistió toda la familia real, con el dulce Fernando á la cabeza.

En la noche del 14 hubo función extraordinaria en el teatro del Príncipe, con asistencia del Soberano, su augusta cónyuge y demás parientes.

Arrojáronse versos, «rompió la orquesta con una hermosa sinfonía, y concluida ésta se dió principio á la función con una introducción poética, en la que los personajes alegóricos de la villa de Madrid y de las musas, recitaron unos hermosos versos en debido encomio del Monarca pacificador, á los que precedió y sirvió igualmente de conclusión un coro de bella música, compuesto al intento por el maestro Carnicer.»

En seguida se representó la comedia de Molière, *Le malade imaginaire*, traducida con el título *El enfermo de aprensión*, al cual dedica *El Correo* una crónica tan sencilla como sustancial.

La ejecución de la obra de Molière, la despacha el periódico en tres líneas que quiero copiar, sin ningún comentario porque no lo necesitan. Helas aquí:

«Guzman que tenía á su cargo este papel (el de protagonista) no le cargó, y como no le cargó, le hizo bien. Los demás actores contribuyeron al buen conjunto del cuadro.»

Siguió á la comedia un apropósito de Carnerero «rotulado» *El regreso del Monarca*, en el cual no había más que lo siguiente:

Un coro de soldados, por los actores Valencia, Lord y coristas de ambos sexos; otro de lavanderas por las coristas de la compañía de ópera; una danza prima bailada por Cairón, Lledó, Saavedra, Anchinelli, Fabiani, Luengo y figurantes; unas coplas y un coro de ciegos por Lord y coristas; un coro de manolas por la Lledó y coristas, bailándose al mismo tiempo un jaleo por la Vives y la Díez y Mariano García. Pedro González y Fontanellas: un padedú (*sic*) por la Sikera y Trabattoni; un terceto por la Sra. Volet, Dubini y Vestris; y una cantata italiana ejecutada por las cantatrices Cesari y Lledó, y los cantantes Galli, Valencia y Lombardi.

Todas ellas y todos ellos, cada uno por su parte, dieron evidentes pruebas, al decir de *El Correo*, del esmero y del empeño con que trataban de sostener «una obra consagrada al alto y honroso objeto de obsequiar á S. M. y felicitarle por su glorioso viaje y su suspirado regreso.»

Ninguna de dichas fiestas pudo, sin embargo, competir en visualidad con la corrida de toros verificada en la tarde del 14.

En el palco del Rey «suntuosamente adornado,» brillaba con los reflejos nacionales la característica nariz del idolatrado Monarca. Los demás palcos veíanse ataviados con colgaduras de damasco rojo y sendas guirnaldas de flores, que prendidas sucesivamente en los extremos de cada palco, y formando graciosas ondas, se extendían por toda la circunferencia.

Coronaban principalmente los tendidos la real compañía de Alabarderos, los Guardias de Corps, los Guardias Españolas, los provinciales de la Guardia, la brigada de Carabineros Reales, coraceros, artilleros y voluntarios realistas, todos en secciones separadas, de manera que ofrecían una vista deliciosa sin confusión alguna.

«Aquí brillaban las alabardas, allí los cascos plateados, allá las chapas doradas de los morriones, allá los plumajes de colores.»

Había tres bandas de música: una de voluntarios Realistas, otra de Guardias y otra de Cazadores provinciales, las cuales «ora tocaban en union las piezas concertantes, ora alternaban.»

Asistieron con la familia real *au grand complet*, las autoridades civiles y militares, grandes de España y títulos de Castilla; la real servidumbre, el cuerpo diplomático y gran número de personas de la más elevada jerarquía.

Componiase la función de cuatro toros lidiados en Plaza entera y ocho en Plaza partida. Comenzó á las cinco de la tarde con el paseo de las cuadrillas de lidiadores «primorosamente vestidos» compuesta de cuatro matadores: Antonio Ruiz (el Sombrerero), Francisco González (Panchón), Luis Ruiz y Manuel Romero (Carreto); los banderilleros, el puntillero, «los chulillos que alargan banderillas á mano», cinco picadores y tres reservas de éstos, y dos juegos de mulas, «saliendo de la puerta del Arrastradero, y dirigiéndose á la de Madrid, sobre la que estaba situado el palco de SS. MM. á quienes saludaron, haciéndolo los de á pié con rodilla en tierra.»

El primer toro de la Plaza entera era de la vacada de Gaviria. No tomó más que cuatro puyazos y murió á manos del Sombrerero que le propinó una en hueso recibiendo, y dos pinchazos á volapié.

El segundo, de la ganadería navarra de Guendulain, aguantó ocho varas, mató dos caballos, y lo tumbó en tierra Panchón «de una en hueso, rompiéndose el estoque, y otra asombrosa, ambas recibíendole.»

Tres potros mató el tercero, de la ganadería de Lopez Torrubia, de Granátula, en siete puyazos; dió un puntazo en el muslo izquierdo al picador Pérez (Alonso), y le mató Antonio Ruiz «de un pinchazo y una muy baja recibíendole.»

De D. Juan Dominguez Ortiz, de Utrera, fué el cuarto toro. Tomó cuatro varas y lo finiquitó Panchón «de una buena recibíendole, rompiéndosele el estoque y dejando dentro dos tercios de él.»

Inmediatamente se procedió á la división de la Plaza, operación que se verificó según *El Correo* dice, en ocho minutos y medio. Los ocho toros pertenecían á las vacadas de Gaviria (de Gijón), Muñoz y Pereiro (Ciudad Real), Ibor Navarro (Arnedo), y Zapata (Arcos de la Frontera). Luis Ruiz se lució muy poco en la muerte de los toros que le correspondieron en la primera división, mientras que Carreto estuvo breve y eficaz al despachar sus bichos en la segunda. La fiesta

terminó cuando la noche permitía apenas divisar toros ni toreros.

No debió disgustar á Fernando aquella corrida, puesto que volvió á asistir á las que se verificaron el 18 de Agosto, el 25 del mismo mes y el 1.º de Setiembre.

Por cierto que en la del 25 ocurrió un lance digno de mención y que copio del *Correo*:

«El segundo toro (los seis que se corrieron fueron de Gaviria) también fué bravo y tardó á partir. Tomó ocho puyazos, mató un caballo é hirió otro á Clavellino dándole una caída, y otras dos á Ortiz, matándole un caballo. Le pusieron ocho banderillas, tocaron á la muerte del toro y al primer pase de muleta al natural que le dió Francisco Gonzalez le hizo una colada, dándole un varetazo con la vuelta del cuerno en la parte anterior de la tibia de la pierna izquierda, cayendo en tierra por venir el toro en lo ligero á la querencia del chiquero, y atravesado; mas volviendo el toro sobre él, tuvo tal serenidad en este estado, que hallándose con muleta y estoque, trató de cubrirse con aquella, y castigarle con éste, tanto que al meterle la cabeza arrojó el estoque á un tendido, resultando de todo que Gonzalez se retiró á la enfermería con el varetazo y una mujer y otro individuo quedaron heridos del estoque que saltó al tendido.»

Después de leído lo precedente, que efectivamente demuestra en Panchón una serenidad superior á todo encomio, cabe suponer que fuera esta la corrida en la que Fernando VII llamó á su palco á Panchón, y le asignó la pensión vitalicia de que habla Sánchez de Neira en la primera edición del Diccionario de *El Toreo*.

A propósito de este asunto, el Sr. Sánchez de Neira me enderezó recientemente una carta publicada en *LA LIDIA*; carta exageradamente halagüeña para mí, y en la cual se hace cargo del anacronismo que yo hallaba en el incidente relativo á Francisco González.

Dice el Sr. Neira que únicamente rectifica la fecha de la corrida, no haciéndolo del detalle del testuz—si vale expresarse así—porque le merecen más crédito Velázquez y Sánchez y Sicilia, que *El Correo*.

Pregúntame al propio tiempo si en caso igual obraría yo lo mismo. Contesto redondamente que no. La razón es muy sencilla: entre la opinión de dos escritores modernos que no fundan su aseveración en ningún testimonio fehaciente, y la de dos *testigos oculares* del hecho, concordantes *ambas* (aunque lo niegue mi amigo Sánchez de Neira) en que Panchón se agarró á un cuerno y no al testuz, como lo afirma el autor de *El Toreo*, opto sin vacilar por la segunda.

Sin que esta divergencia, ni otras que pudieran sobrevenir en lo sucesivo, amenguen en un ápice la alta estimación en que tengo al ilustre taurólogo, con quien me unen hace muchos años lazos de cordialísima amistad.

Don JERÓNIMO

NUESTRO DIBUJO

Un pase de rodillas.

Por limitada que sea la esfera de acción de una especialidad cualquiera, la insaciable curiosidad, la continua exigencia de los partidarios de un género determinado, hacen que, aun á la viva fuerza, vaya ensanchándose paulatinamente su círculo primitivo, é introduciéndose en él modi-

LA LIDIA



Estab. Tipolitográfico.

Un pase de rodillas.

J. Palacios. Arenal, 27.

ficciones y aditamentos en armonía con los gustos y tendencias de los encargados de soportarle y mantenerle.

Niño mimado que se cansa y reniega de lo que ve media docena de veces consecutivas, el público clama constantemente por la variación y por la novedad, dentro de aquello mismo que le halaga y le distrae; y de aquí que los que viven de sus favores, estén siempre estudiando la manera de conservarlos y de alcanzar la preferencia ó la distinción al menos, entre los que al mismo fin coadyuvan y á igual resultado aspiran.

Campo de los más limitados el del toreo, por la fijeza de sus reglas y por lo peligroso de adulterarlas ó infringirlas, no se ha sustraído, sin embargo, en alguna de sus partes, á esa ley general; y allí donde ha podido introducir una innovación ó adoptar un procedimiento más llamativo, no ha vacilado en acometerle, saliéndose de antiguos moldes, respetables y convenientes, es cierto, pero también en determinadas ocasiones, anticuados y rutinarios.

Que no todas las suertes admiten en igual medida reformas y variaciones, innecesario es decirlo: tal sucede con la de varas: por mucho que se la quiera adicionar y alegrar, tendrá siempre sus límites marcados y su objeto imprescindible: el de castigar á las reses y quebrantar sus poderosas facultades; y como esto la mayoría de las veces se consigue jugando el todo por el todo y exponiéndose el picador á ser estrellado, se comprende perfectamente que en el primer tercio se acometan pocas innovaciones, y que se practique hoy como hace cien años.

En cambio la suerte de banderillas, ó sea la segunda parte de la lidia, es la que más se presta para ciertos adornos y aparatos, que sin prescindir de las reglas establecidas, animan mucho su ejecución. Recuérdese allá, por los tiempos del Gordito y Lagartijo primero, luego Cara ancha y el Gallo, y últimamente Guerrita, qué de accesorios y detalles adicionaron al trabajo primordial, con gran contentamiento de los aficionados, que gustan de ciertos toques artísticos, en cuanto son compatibles con la rudeza y grandiosidad al mismo tiempo, de nuestro famoso espectáculo.

Transcendieron también en su permitida proporción estas alegrías y filigranas del segundo tercio al último, y algunos diestros, que no necesitamos nombrar, empezaron á jugar la muleta con tal variedad, con tal elegancia y con tal arte, que desde entonces empezamos á calificar esta manera de torear, con el apropiado nombre de *toreo de adorno*, en el que sobresalieron y marcharon siempre á la cabeza de sus compañeros, los Rafaeles, de Córdoba. De aquí datan los pases de *abanico*, de *molinete* y otros por el estilo, que no son pases nuevos seguramente, sino que aparecen con todos los caracteres de la novedad, por la manera de engendrarlos, desarrollarlos y rematarlos.

Puestos ya en el camino de las conquistas profesionales y de las inventivas, en estos últimos tiempos han llegado algunos diestros hasta la creación ó resurrección (que en esto del toreo con la mayor facilidad se levanta un muerto) del pase de rodillas. Dicho pase es otra de las derivaciones del toreo de adorno, y dicho se está que requiere para su ejecución todas las condiciones y circunstancias que este sistema taurino necesita para su desenvolvimiento.

Y ya se sabe cuáles son éstas: que las reses sean nobles y boyantes en el último tercio; que tomen con codicia la muleta, empapándose bien en el engaño, y que los diestros sean conocedores de lo que tienen delante. Con estos elementos, la suerte ó pase de rodillas puede practicarse fácilmente, puesto que no es más que un quiebro de muleta, á pesar de lo cual son pocos los matadores que la ejecutan, tanto de toros como de novillos. De los primeros pueden citarse á Guerrita, Reverte y Minuto; entre los últimos recordamos haberse la visto á Gavira, Parrao y Murcia.

La circunstancia de haberla ejecutado el referido espada Minuto, en las últimas corridas en que tomó parte en esta Plaza, ha inspirado á nuestro distinguido dibujante Daniel Perea, la composición que ofrecemos en este número, y que reproduce con artística sencillez, un *pase de rodillas*.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO

PESADILLA

— ¡Qué mala noche he pasado! — le decía D. Lucas á su doméstico, mientras éste le encendía el cigarrillo de despertar, ese que sabe tan admirablemente bien á los tumadores de veras.

— ¿Ha soñado usted, señor?

— He tenido una pesadilla horrible.

— ¿Horrible? No lo será tanto como la que yo tuve la semana pasada.

— Más.

— Mientras no sepa usted lo que yo soñé...

— Más te digo, sin saberlo.

— Es que lo mío espanta; — añadió el criado. Cuarenta y dos años hace que soy hombre, desde que nací, pues yo no he variado de sexo. Pues soñé... soñé que daba á luz. ¿Es horroroso el sueño?

— Mucho; horroriza efectivamente, pero mi pesadilla pone los pelos de punta.

— ¿Me la quiere usted contar?

— Siéntate y escucha.

El criado sentóse á la cabecera de la cama, y don Lucas, después de darle dos chupaditas al pitillo, de suspirar y poner los ojos en blanco, prosiguió de esta manera:

— «Si yo perteneciera al número de los predestinados, temblaría hoy de pies á cabeza... Pero nada de eso; estoy tranquilo relativamente. La virtud de mi mujer es sólida; no desconfío de ella, aunque conozco que anduve desafortunado al casarme, cumplidos los sesenta, con una niña de dieciocho, y hermosa por añadidura.

— Pero la señorita es un ángel. Por algo se llama Angela. Es un serafín.

— Y un dragón al mismo tiempo. La acosan y solicitan cien seductores, pero ninguno con fortuna.

— Que siga la cosa así es menester.

— Y seguirá, no lo dudes. Mi discreción y su virtud, son prendas seguras de honra duradera. Oye ahora mi pesadilla. Cené como de costumbre; me desnudé, como de costumbre también; mi Angelita me dió el último cigarrillo de la noche, y se fué á su cuarto. Yo he profesado y seguido siempre el sistema de separación de habitaciones. Dura más el amor conyugal cuando entre marido y mujer hay puertas, tapias ó tabiques por medio.

Apurada la colilla, me rendí al sueño, y aquí fué Troya. Como mientras uno sueña cree ver la realidad, yo me ví en una carretela, rodeado de banderilleros, y dirigiéndome á la Plaza de Toros, asaeteado materialmente por las miradas del público, el aplauso de los conocidos y los saludos de la gente que llenaba la carretera de Aragón, ávida de presenciar mi debut. Tomaba yo la alternativa de manos de D. Luis. Iba yo vestido de lila y oro. El color lila era una imposición de mi mujer.

— Es el color que más la gusta ver en los hombres.

— Calla. Toreábamos reses de Veragua; estuve afortunado en los quites, hasta el punto de que el Duque me regaló una petaca con mis iniciales en oro; el de Tamames, otra con la cifra en brillantes; el Marqués de Bogaraya un alfiler de perlas, y el Conde de Benalúa cinco onzas de oro.

Pasó la suerte de banderillas, y D. Luis me ofreció los trastos de matar. Brindé por el Presidente, la compañía y por Cuba española, y me fuí al toro con el mayor descaro. Lo pasé admirablemente en redondo, y como quería lucirme, al adelantar el pie izquierdo para citar á recibir, el toro me dijo en voz baja: «¡Fratricida!» Desafiarme á mí, á mí, á un hermano, porque te advierto que hemos nacido de la misma vaca. La sangre se heló en mis venas; densa nube envolvió al cornúpeto, arreatándolo hacia los aires, y toro y yo desaparecimos de la Plaza. Yo cabalgaba sobre el animal. Después de volar durante media hora, descendimos á tierra. Estábamos en la Muñoza. Mal repuesto de mi asombro, le dije: «Oriéntame, habla de nuestro parentesco; yo creía ser persona.» Entonces me dijo lo de aquel gallego, que al oír hablar á un loro, exclamó: «Perdone usted, cref que era usted un pájaro.» Tú — siguió diciendo — has nacido, como yo, en las orillas del Jarama. No diste buen resultado en la tienta y quedaste en la categoría de precio medio, porque, hoy por hoy, todo se encierra; el escrúpulo de las tientas ha pasado de moda. Antes se vendían á las Plazas únicamente las reses superiores, porque los grandes ganaderos más atendían al aplauso que á la guita. ¡Tiempos infantiles! Preocupaciones de los grandes señores. Hoy, la especulación ocupa el lugar que ocupó en otro tiempo el amor propio. No eres malo, tienes cierto coraje, pero no llegas á la meta en materias de bravura. Eres tardo y receioso. De utrero fuiste boyantón, pero te escamaste, y eso se echó de ver en el acoso.

— ¿Me han acosado, por ventura?

— Y te han derribado muchísimas veces; tu rabadilla responde de la verdad de lo que digo.

Efectivamente, dolíame mucho la rabadilla, y viniendo la dificultad que existe de mirarse por detrás, pude ver que tenía una horrible roncha en... salva sea la parte.

— Quedaste mal en una capea, y el mayoral resolvió someterte á operación humillante, que llevó á efecto. Hace más de un año que eres buey; mírate si no en ese espejo. Por arte de magia nos encontramos á la puerta del parador de Muñoz, en la que había varias carretas. Junto á una de ellas había dos bueyes.

— Mirate — dijo una voz de persona desconocida.

Miré, con efecto, y ¡oh dolor! uno de los bueyes, el más tranquilo, el más resignado, tenía mi misma cara.

Lo que yo sufrí, no es para contarlo. Empecé á llorar, dando alaridos. Las voces me despertaron y por fortuna ví que todo era un sueño.

Ve á ver si la señorita se ha despertado, y dile que tenga la bondad de dormir.

A poco volvió el criado pálido y demudado, con una carta en la mano. La señorita no ha dormido en casa; sobre la almohada ha dejado esta esquela.

He aquí su contenido:

«No te puedo resistir. Me fugo con mi primo el tiente de húsares.»

— ¡Ah! — dijo D. Luis. — La Muñoza, el parador... El toro aquel tenía razón de sobra... Y mi sueño, mi sueño...

— Hay sueños, añadió el criado, que verdades son.

RAFAEL M.^a LIERN

Notas sueltas.

¡MAL ÁNGEL! Ó ¡MALÁGE!

Farsa taurina en tres capítulos, arreglada con el mayor desahogo por los señores D. Bartolomé Muñoz y D. Jacinto Jimeno, con la colaboración de algunos ganaderos igualmente des-

ahogados, y acogida por el público con desdichadísimo éxito en la capital de España.

I

Día 24 de Julio. Santa Cristina.

No es fiesta de precepto ni mucho menos. Es meramente fiesta oficial; pero los muñidores taurómacos, sin duda para congraciarse con las autoridades, abren sus salones y dan una fiesta de familia á cuatro gatos.

Hacen el gasto los Sres. de Ibarra, que ya van estando gastados en el asunto puntiagudo que traen entre manos, y sueltan cuatro chotos de la clase de tontos, y dos bueyes de menor cuantía, muy bonitos, muy limpios y muy brillantitos, eso sí; pero muy blanditos y muy desabriditos, eso también, que se contentan con un caballito por rabo.

Actúan en la *soirée* el prodigado Gavira, que emplea una buena faena de muleta con el primero, al que archiva de una estocada á volapie, descolgada y tendenciosa, y que ejecuta con el cuarto, una brega muy movida y larga, para pinchar dos veces en hueso y clavar luego media á volapié en su sitio, sin meterse en más libros de caballería.

El joven Narciso, digo Dominguín, discípulo de Fuentes en aquello del *molinillo*, se arrancó en el segundo con una faena pretenciosa y con desplantes, pero mala, sin embargo, y perdiendo el pañuelo á cada paso, digo pase, teniendo la fortuna de que el bicho, avanzando al colocarse el matador, se clavase él mismo el estoque en buen sitio. La faena del quinto tuvo el honor de ser asimismo mala, y con el acero resultó peor, en un pinchazo sin soltar; otro en hueso, echándose fuera; una atravesada, con igual echadura, y un descabello á la... octava. Los de siempre pidieron banderillas á los *maestros*, y este joven se apresuró á tomarlas sin ofrecérselas ni cuidarse de los compañeros. ¡Pero hombre, y la cortesía! ¡O practica usted aquello de que *complimientos entre soldados!*...

El sevillano Padilla, que estuvo muy valiente con el trapo en el tercero, al que tumbó de una estocada fenomenal, y regular en el último, del que se deshizo de un pinchazo sin soltar y una hasta la mano, un poco caida.

En el segundo tercio, se registraron un par superiorísimo de Baena, al tercero, y otro del Sordo, aprovechando, muy bueno; distinguiéndose en la brega el primero preferentemente, siguiéndole el Sordo y Vega, y estando el Comerciante casi cogido al banderillar al primero.

II

Día 25 de Julio. Santiago el mayor, lo contrario que Jimeno.

Una poca más concurrencia que el día anterior, en honor del apóstol del caballo blanco, ó de Bartolo.

De tanda otro *Excelentísimo Señor*, sin pizca de aprensión taurina, D. Eduardo Miura. (Cómo están las *excelencias!* Y digo lo de la aprensión, porque no demuestra tenerla quien da en la primer Plaza de España seis bueyes *toreados*, porque los seis que se lidiaron ese día lo estaban y más de una vez, probándolo el pasarse toda la lidia echando las manos por delante, metiendo la cabeza en el suelo, y arrancándose detrás de los peones para estrellarlos. Algún poder trajeron y mataron nueve caballos.

Gavira estuvo en el primero muy desigual con la muleta, marcando algún pase bueno, pero despegado en la mayoría, y fatal con el estoque. Se echó fuera, salió por pies, pinchó cinco veces, sólo bien la última, y recibió dos avisos. Hermana gemela de la antedicha, fué la faena del cuarto, con la diferencia de pinchar una vez menos, pero también con el par de recados.

Mucía, que cargó con el hueso; y vaya un hueso! estuvo valiente en el segundo, precipitándose al entrar á matar y pinchando, aunque bajo, sin resultado; repitió sin que el acero tuviera más defecto que estar un poco contrario. En el quinto, que era todo un *ladrón*, le sobró lo que hacía falta: decisión y coraje para quedarse con él de la primera estocada, como lo consiguió.

Padilla salió *aliviado* en esta corrida; al tercero, que no podía moverse, derrengado de los cuartos traseros, le toreó con precaución, tumbándole de un buen pinchazo y una estocada hasta la bola. Al último, el más manejable, previa una regular faena, lo quitó de enmedio de un gran volapié.

En el segundo tercio, se distinguió Baena; el primero infernal y la lidia un lío continuado, tanto, que en un quite en el cuarto toro, Padilla se durmió coleando, y por dormirse y entablerarse, le alcanzó el bicho, suspendiéndole en los cuernos sin llegar á empuntarle; Gavira entró al quite y salió trompado, cayendo de boca, y le hubiera corneado en el suelo, si Murcia no hubiera metido el capote oportunamente, saliendo con el bicho en carrera, también apuradilla.

¡En fin, Miura, Bartolo y Jimeno, la *trinidad dislocante!*

III

Día 26 de Julio. San Timo... y te veo, en el desierto. Seis búfalos de Pérez de la Concha, como cómplice. Los animalitos contaban de seis á ocho años; el último no podía salir por el chiquero, y al tercero no podía arrastrarle el tiro de mulas. Fogueados dos, mansos cinco que se lidiaron. ¡Ole ya por los ganaderos y las empresas de *dignidad!* ¡Para los principiantes, elefantes imposibles de ocho años; para los primeros matadores, *monos* inocentes de cuatro yerbas! ¡Y es claro, sobrevino el *si-moun* en el desierto circo!

Cervera, el gran Cervera, deshaciéndose como pudo de sus dos *huéspedes*, hizo bastante.

Dominguín también hizo harto, nos hartó y se hartó por espacio de una hora, en pinchar á su segundo, en colaboración con un banderillero suyo y con un puntillero pívico y otro en activo, en todas cuantas partes del *camello* estuvieron á su alcance, que cayó *exánime* cuando ya los cabestros atravesaban el ruedo para recogerlo en calidad de *criba*. Antes se había elevado por los aires, brindando una zapatilla al ten lido.

Murcia le soltó cuatro *manguzadas* al tercero, en armonía con las circunstancias, y no pudo matar el último porque, después de despachar cinco caballos entre tinieblas, se suspendió la sesión por falta de *petróleo*. ¡Y pueden ustedes seguir empezando á las cinco, sin tener en cuenta que ya los días son media hora más cortos, para que se *ripita* la función!

DON CÁNDIDO

Imp. y Lit. de J. Palacios, Aréval, 27. — Madrid.